

«Sin notarlo, fui transformada poco a poco». Edith Stein o la capacidad de dejarse interpelar

Deseo iniciar esta conferencia con una acción de gracias a Edith Stein, por permitirme acercarme a ella, a su intensa vida, a sus escritos, y de manera especial, por ser tan buena compañera de camino, ofreciéndome luz y fortaleza en mi itinerario vocacional.

Doy gracias también a los estudiosos de Edith, de los que he podido nutrirme de sus numerosos y enriquecedores escritos, que me sirven de estímulo para seguir aprendiendo acerca de esta gran mujer y hermana nuestra.

Desde este profundo agradecimiento, paso a compartir el contenido de esta conferencia que la he centrado en el tiempo inmediatamente anterior a la entrada de Edith en la Iglesia católica y que abarca desde los años universitarios de Gotinga (1913) hasta el verano de 1921 en que el encuentro con el *Libro de la Vida* de santa Teresa dio fin a su «larga búsqueda de la verdadera fe»¹.

Las decisiones de una persona no nacen de manera aislada, tienen una génesis que les da sentido y, conocerla supone comprender de alguna manera a la persona. Gracias a los escritos autobiográficos, sobre todo, al extenso epistolario que conservamos de Edith, se puede hacer un recorrido a lo largo de las diferentes etapas de su vida, en las que vamos descubriendo la figura de una persona inquieta, ávida de saber, con una inteligencia privilegiada y una gran capacidad de apertura a todo cuanto le rodea. Ya desde su infancia, Edith destacó por un gran interés por los acontecimientos que vivía y que su carácter reflexivo irá conservando y gestionando en su interior, como ella misma dice en su *Autobiografía*:

«En mi interior había, además, un mundo escondido. Todo lo que durante el día veía y oía lo elaboraba por dentro»².

Me parece que estas palabras son claves para entender la personalidad de Edith, quien, tras una profunda reflexión, actuará e interactuará con los demás.

No en vano, señala que «no podía actuar mientras no tuviera un impulso interior. Las determinaciones procedieron de una hondura que yo misma desconocía. Una vez que algo subía a la clara luz de la conciencia y tomaba firme forma racional, nada podía detenerme»³.

Edith no solo es capaz de ver y observar, sino sobre todo, dejarse interpelar, dejarse afectar, dejarse tocar interiormente por circunstancias y personas que caminan a su lado, con las que se implicará existencialmente. Me parece fundamental destacar este rasgo característico de Edith porque constituye un testimonio motivador para quienes a ella nos acercamos y deseamos aprender de su rica personalidad.

¹ STEIN, E., *Cómo llegué al Carmelo de Colonia*, OC. I, p. 500.

OC= EDITH STEIN, *Obras Completas*, en 5 vols. EDE-Monte Carmelo-El Carmen. Madrid-Burgos-Vitoria, 2002-2007.

² STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 205.

³ *Ibid.*, p. 270.

Esta capacidad, que desarrolló a lo largo de su vida, le permitió abrirse a las influencias de personas y acontecimientos que fueron modelando su naturaleza y considero que es una de las numerosas enseñanzas que Edith nos regala: cómo puede aprender y enriquecerse todo ser humano en la medida en que se deja interpelar, impresionar por el entorno en que vive inmerso y del que forma parte. Así pues, acercarse a Edith implica acercarse a las personas que tuvieron su influjo en ella y este es el objeto de mi charla, al menos, ese es el intento, ofrecer unas breves pinceladas de Edmund Husserl, Max Scheler, la familia Reinach y una aproximación al contexto de la I Guerra Mundial, que inspiraron a Edith en ese incipiente camino hacia la fe cristiana, que posteriormente cristalizaría en su entrada en la Iglesia católica.

Para concluir esta pequeña introducción, deseo señalar que la conversión de Edith no tiene rasgo de inmediatez, no estamos hablando de un acontecimiento extraordinario, estruendoso o instantáneo, sino acorde con su personalidad, se fue desarrollando en un largo e intenso periodo de tiempo jalonado de experiencias vitales que la condujeron a tal decisión, a «la mayor decisión de mi vida»⁴.

Edmund Husserl

El padre y fundador de la fenomenología, (Prossnitz, hoy Prostějov, actual República Checa, 1859 - Friburgo, Alemania, 1938), estudió física, matemáticas y filosofía en las universidades de Leipzig, Berlín y Viena. En esta última asistió a las clases de Franz Brentano, quien le influyó de manera decisiva en su formación filosófica, campo al que dedicó el resto de su vida. Impartió clases en Halle (1887), en Gotinga (1906) y a partir de 1918 en Friburgo, donde fue nombrado profesor titular y ejerció la docencia hasta 1928, año en que se jubiló.

En la Introducción a la obra filosófica *La significación de la fenomenología para la visión del mundo*, Edith hace una presentación de Husserl que merece la pena recordar, porque me parece sintetiza a la perfección el influjo que tanto ella como sus compañeros de Gotinga, recibieron del Maestro:

«De Husserl hay que decir que el modo en que encaminaba a las cosas mismas y educaba para poner en ellas la mirada intelectual con todo rigor, y para describirlas sobria, fiel y concienzudamente, liberó de la arbitrariedad y la arrogancia en el conocimiento y condujo a una actitud cognoscitiva escueta, obediente al asunto y en ello humilde. Condujo también a una liberación respecto de los prejuicios, a una disposición a aceptar conocimientos abierta y sin ataduras previas. Y esa actitud, a la que educaba conscientemente, nos ha hecho a muchos de nosotros libres y desprejuiciados también para la verdad católica, de modo que toda una serie de sus discípulos le deben a él, junto a otros factores, haber encontrado el camino a la Iglesia, un camino que él mismo no ha encontrado»⁵.

La gran obra del Maestro, *Investigaciones Lógicas*, fue el móvil que impulsó a Edith a marchar a la Universidad de Gotinga, donde Husserl impartía clases. Edith se integra en la Sociedad filosófica, tras su encuentro con el Maestro, que se verá

⁴ *Ibid.*, p. 345.

⁵ STEIN, E., *La significación de la fenomenología para la visión del mundo*, OC. III, p. 555.

gratamente sorprendido al saber que la nueva alumna ya había leído nada menos que el segundo tomo de su estudio.

Cuando Edith le plantea hacer la tesis doctoral, hay un detalle que me parece revelador de la condición del Maestro que, sin duda, influiría en la estudiosa Edith, y es que la anima a realizar previamente el examen de estado porque «era su firme criterio (de Husserl) el que se hiciera algo importante en alguna especialidad científica. Que no servía para nada dedicarse solo a la filosofía, y que se necesitaban sólidos fundamentos y estar familiarizado con los métodos de las otras ciencias»⁶.

En este sentido, cabe señalar otro gesto del Maestro a favor de sus colegas que habla de un cierto descentramiento de uno mismo y que dejaría su huella en la aventajada alumna:

«En el instituto de Psicología seguí algunas lecciones de “Psicofísica de la sensibilidad visual” con Georg Elias Müller, un veterano del antiguo método estricto naturalístico. (...) Müller era un furibundo enemigo de la fenomenología, porque para él no había otra cosa que ciencias experimentales. Husserl, por el contrario, nos recomendaba que fuéramos a oírle, porque consideraba valioso el que conociésemos los métodos de las ciencias positivas»⁷.

Otro detalle significativo del grupo de los fenomenólogos que se reunían en el Círculo de Gotinga era que no se consideraban una sociedad secreta, sino abierta a la luz del diálogo:

«Nosotros, los fenomenólogos, nos reíamos de todo este secretismo, sintiéndonos satisfechos de nuestro libre intercambio de ideas. No teníamos ningún miedo a que uno pudiera atrapar las conclusiones de otro»⁸.

Edith encontró en el Círculo de Gotinga el ambiente favorable y propicio para colmar ese anhelo suyo de apertura, no solo intelectual, sino vital hacia todo cuanto le rodeaba:

«Aquellos meses (semestre en Gotinga) que habían transcurrido, no eran simplemente un episodio, sino el comienzo de una etapa nueva de mi vida»⁹, así lo manifiesta en su *Autobiografía*.

Cuando Edith pasa a ser la asistente de Husserl, tras superar con éxito su brillante tesis doctoral sobre la empatía, piensa que se le abre un camino apasionante para desarrollar un trabajo en colaboración junto a su venerado Maestro.

Bien pronto se dio cuenta de la realidad y, como ella misma confesará en diferentes cartas a sus compañeros (Cartas nº. 3, 4, 6, 10, 11, 13, 15, 16, 18, 21, 22, 24, 26), la principal dificultad radicará en la imposibilidad de trabajar en común, por lo que es prácticamente inalcanzable lograr una visión de conjunto de toda la obra: las *Ideas para una fenomenología pura y filosofía fenomenológica*, a la que Edith llamará no sin gran ironía, «mi otro hijo de dolores»¹⁰.

⁶ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 373.

⁷ *Ibid.*, p. 370.

⁸ *Ibid.*, pp. 370-371.

⁹ *Ibid.*, p. 373.

¹⁰ STEIN, E., Carta 24, a Roman Ingarden (6.VII.1917), OC. I, p. 591.

Sin embargo, la actitud hacia Husserl será de profundo respeto y gratitud, a pesar de los obstáculos que conllevaba trabajar junto a él: dificultades de comunicación, de organización del inmenso caudal de trabajo que poseía, diferencia de opinión respecto a la posibilidad de acceso a cátedra de una mujer, a pesar de la carta de recomendación que Husserl le escribió, tras la obtención del doctorado con la máxima calificación¹¹.

Aun así, Edith es capaz de valorar todo lo bueno que tiene el Maestro, de quien tanto ha recibido y aprendido. Este texto es iluminador al respecto:

«Con relación al Maestro. Querido señor Kaufmann, que en ocasiones no es fácil mantener el equilibrio adecuado, es algo que he experimentado a fondo durante dos años de cercana relación personal. Hay que reconocer, sin embargo, que el que más ha sufrido a consecuencia de ello ha sido él, que ha entregado por entero su vida a la ciencia. Esto es algo tan asombroso, y lo que se le tiene que agradecer tan inestimable, que no puede surgir ningún sentimiento de ofensa personal. Para mí personalmente sigue siendo el Maestro, cuya imagen ninguna flaqueza humana puede empañar»¹².

Asimismo, Edith no puede ocultar su malestar ante la crítica de otros alumnos cuando Husserl derivó hacia el idealismo, o cuando incluso el mismo Scheler se permitía criticarlo:

«Como estaba muy atenta para recibir cuantas más sugerencias, hubo algo que me molestó: el tono con que hablaba de Husserl. Scheler era, naturalmente, contrario a la vuelta al idealismo y se expresaba casi con altivez. Algunos jóvenes se permitían usar un tono irónico y esto me indignaba, considerándolo como una falta de respeto y como desagradecimiento»¹³.

Así pues, se puede vislumbrar un indudable influjo del Maestro en Edith en este camino de creciente fidelidad, que se va consolidando en una auténtica amistad. Incluso cuando Edith tenga que abandonar su tarea de asistente, no dejará de crecer en ella una estima y un amor incondicionales, que seguirán progresando incluso tras la muerte del Maestro. Cuando estaba a punto de morir, Edith escribió esta bella reflexión, reveladora de la profunda huella que Husserl imprimió en nuestra hermana:

«No tengo preocupación alguna por mi querido Maestro. He estado siempre muy lejos de pensar que la misericordia de Dios se redujese a las fronteras de la Iglesia visible. Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios, sea de ello consciente o no»¹⁴.

Edith mantuvo su relación de amistad con Malwine, la viuda de Husserl, quien le manifestó que el Maestro «murió como un santo. El día 13 de abril me dijo: “Dios me ha acogido en su gracia y me ha dado permiso para morir”. Después de un profundo sueño, extendió plenamente sus brazos mientras decía: “He visto algo maravilloso”. Su muerte fue un expirar silencioso, de manera profunda y lenta, mientras que la enfermera que le cuidaba le decía al oído: “¡Sal, alma cristiana!” Una paz celestial trasfiguró su

¹¹ STEIN, E., Carta 3**, Carta de recomendación de Edmund Husserl a Edith Stein (6.II.1919), OC. I, pp. 1658-1659.

¹² STEIN, E., Carta 88, a Fritz Kaufmann (22.XI.1919), OC. I, p. 689.

¹³ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 364.

¹⁴ STEIN, E., Carta 536, a Adelgundis Jaegerschmid (23.III.1938), OC. I, p. 1251.

rostro, en el cual resplandecía una belleza sobrehumana. Con este consuelo me dejó sola»¹⁵.

Max Scheler

El encuentro con Scheler provocó en Edith el primer acercamiento al mundo de la fe, entendido y expresado así por ella, como un ‘fenómeno’ que desconocía:

«Tanto para mí como para otros muchos, la influencia de Scheler en aquellos años fue algo que rebasaba los límites del campo estricto de la filosofía. Yo no sé en qué año volvió a la Iglesia Católica. No debió ser mucho más tarde de por aquel entonces. En todo caso era la época en que se hallaba saturado de ideas católicas, haciendo propaganda de ellas con toda la brillantez de su espíritu y la fuerza de su palabra. Este fue mi primer contacto con este mundo hasta entonces para mí completamente desconocido. No me condujo todavía a la fe, pero me abrió a una esfera de “fenómenos” ante los cuales ya nunca más podía pasar ciega. No en vano nos habían inculcado que debíamos tener todas las cosas ante los ojos sin prejuicios y despojarnos de toda “anteojera”. Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había educado, sin saberlo, cayeron, y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí. Personas con las que trataba diariamente y a las que admiraba, vivían en él. Tenían que ser, por lo menos, dignos de ser considerados en serio. Por el momento no pasé a una dedicación sistemática sobre las cuestiones de la fe; estaba demasiado saturada de otras cosas para hacerla. Me conformé con recoger sin resistencia las incitaciones de mi entorno y -casi sin notarlo-, fui transformada poco a poco»¹⁶.

Estas palabras que escribe Edith en su *Autobiografía* muestran claramente la influencia que el filósofo de Múnich ejerció sobre ella y sobre quienes lo escuchaban con profundo interés; bien es cierto que suscitaba en sus oyentes una atracción especial que marcó una huella indeleble en ellos, tal como nos relata Edith:

«La primera impresión que Scheler producía era fascinante. Nunca se me ha vuelto a presentar en una persona el puro “fenómeno de la genialidad”. (...) Scheler hablaba muy incisivamente, hasta con dramática viveza. Las palabras que le eran especialmente gratas (por ejemplo: “la pura verdad”), las pronunciaba con devoción y ternura. Cuando polemizaba con un supuesto adversario, adoptaba un tono despectivo. En aquellas conferencias trató las cuestiones que constituyen el tema de su libro que acababa de aparecer: *Fenomenología y teoría del sentimiento de la simpatía*. Para mí fueron muy importantes de manera especial, pues precisamente entonces empezaba yo a preocuparme con el problema de la “empatía”»¹⁷.

Y, aunque reconoce su influencia, no deja de expresarle su malestar cuando se entera de que Scheler le reprocha hacer públicas conclusiones de sus clases, sin haberlo citado. La carta que le escribe muestra un respeto propio de una persona abierta a la crítica, mas no a la falsedad. Edith le dice que debe mucho a su inspiración y donde ha tenido conciencia de ello, lo ha citado, pero «no puede hablarse de sustracción de conclusiones, sino solo de un influjo sobre el método, o sea en la manera de tratar las

¹⁵ STEIN, E., Carta 186*, de Malwine Husserl a Edith Stein (14.5.1938), OC. I, p. 1561.

¹⁶ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 366.

¹⁷ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 365.

cosas, que ciertamente puede conducir a una coincidencia en las conclusiones, de la que yo misma no tenía idea. Naturalmente esto es algo que no le puedo demostrar»¹⁸.

Así pues, el filósofo de Múnich fue el que abrió el horizonte de la Iglesia católica a Edith. Sin embargo, él mismo la abandonó años más tarde y Edith se pronunció acerca de las posibles consecuencias que conllevaría en el campo filosófico. En una carta dirigida a su compañero universitario, Roman Ingarden, escribe:

«Toda metafísica, que partiendo del espíritu del filósofo, se labra un “sistema”, terminará siendo siempre en gran parte una fantasía, y, por así decirlo, es una suerte si en ella hay un germen de verdad. Esto, naturalmente, vale también para Scheler. El nuevo escrito que usted menciona no lo conozco (*Las formas del conocimiento y la sociedad*, Leipzig, 1926). Pero para mí está muy claro que desde su separación de la Iglesia ha adoptado una actitud quijotesca, y que finalmente terminará idolatrándose a sí mismo. Ignoro si algo de sus cosas (quizás a excepción de la primera parte de la ética) puede clasificarse como ciencia, a pesar de todas las geniales intuiciones y a pesar de todo lo que uno puede aprender de él y de lo que yo misma le debo»¹⁹.

Familia Reinach

Tres personas de una misma familia fueron auténticos faros de luz y verdad para Edith. Me estoy refiriendo al matrimonio Reinach -Adolf y Ana- y a Paulina, la hermana del profesor.

Adolf Reinach

Profesor no numerario de filosofía en la Universidad de Gotinga y uno de los fundadores de la Sociedad Filosófica, junto con Theodor Conrad-Martius, Moritz Geiger, entre otros. Era el «hombre de cerebro claro y corazón cálido»²⁰, muy estimado por el Maestro Husserl.

Fue un excelente apoyo para Edith en el tiempo de su preparación para el examen de estado en primer lugar (enero 1915), y posteriormente en su trabajo de doctorado (agosto 1916), tiempo en que Edith atravesaba una profunda crisis interior que le llevó incluso a desearse la muerte. Edith encontró en el profesor Reinach la comprensión, la acogida y la orientación necesarias para sosegar su espíritu, desentumecer su capacidad intelectual y renovar las fuerzas interiores que la hicieron tambalear en su decidido carácter. Reinach era entre los estudiantes, el intermediario entre ellos y el Maestro.

Edith confiesa en su *Autobiografía*:

«Quedé encantada de este primer encuentro (con Reinach) y muy agradecida. Me parecía que no había encontrado nunca una persona con una bondad de corazón tan pura. Me resultó de lo más natural el que los allegados y amigos, que le conocían de tiempo, le profesaran un gran cariño. Pero tenía ante mí algo

¹⁸ STEIN, E., Carta 35, a Max Scheler (4.IV.1918), OC. I, p. 609.

¹⁹ STEIN, E., Carta 143, a Roman Ingarden (28.XI.1926), OC. I, p. 773.

²⁰ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 352.

completamente distinto; era como la primera mirada a un mundo totalmente nuevo»²¹.

«Las horas pasadas en el delicioso cuarto de trabajo de Reinach fueron las más felices de toda mi estancia en Gotinga. Todos estábamos de acuerdo en que era aquí donde aprendíamos más sistemáticamente. Reinach discutía con nosotros los problemas con los que él mismo estaba ocupado en sus investigaciones personales: en aquel invierno el tema del movimiento. No era un enseñar y aprender, sino una búsqueda común, semejante a lo que ocurría en la "Sociedad filosófica", pero llevados por la mano de un director seguro»²².

Fue tan profunda la huella que dejó el profesor en Edith que cuando recuerda su tiempo universitario en Gotinga, afirma: «Todavía hoy, al cabo de más de veinte años, percibo en mí la huella de aquel suspiro de alivio»²³, refiriéndose a la inestimable ayuda que encontró en Reinach.

Durante la Primera Guerra Mundial, Reinach se ofreció, como la mayoría de profesores y estudiantes, para ir al frente, y es en este lugar donde descubre «que no está filosóficamente dotado y que nunca ha estado interesado seriamente por la filosofía. Esto se debe a que ahora está totalmente ocupado con cuestiones religiosas, lo que hace pensar que después de la guerra su trabajo se centrará fundamentalmente en esta área»²⁴. Así se lo confiesa a Edith en una visita que esta le hizo en sus vacaciones de Navidad.

En este sentido, disponemos de una carta que Reinach dirigió a su mujer, en la que le expresa su “vocación”. Dice así:

«Mi plan está claro ante mis ojos: naturalmente es muy modesto. Me gustaría empezar desde la experiencia interior de Dios, la experiencia de sentirse refugiado en Él, y quisiera mostrar que la Ciencia “objetiva” no puede contradecirla. Me gustaría exponer la significación total de esta experiencia, mostrar hasta qué punto puede reclamar objetividad, demostrar por qué es un conocimiento auténtico de un género especial; y, por último, sacar las conclusiones. Naturalmente, una exposición como esta no tiene nada que ofrecer a aquel que vive a la vista de Dios. Pero puede sostener al que vacila, al que permite que las objeciones de la ciencia le confundan, y puede impulsar hacia adelante a aquel al cual estas objeciones le han apartado de encaminarse hacia Dios. Hacer una obra semejante con humildad es hoy día muy importante, mucho más importante que combatir en esta guerra. Porque, ¿qué fin tiene este horror si no conduce a los hombres más cerca de Dios?»²⁵

Bien podemos decir que la mejor herencia de Reinach a Edith es la semilla de fe que sembró y arraigó en su interior. ¿No se sentiría interpelada para acoger este valioso legado de Reinach, que le llevaría a trabajar, a vivir e incluso morir por este “conocimiento auténtico, aunque de un género especial”, al que el venerado profesor

²¹ *Ibid.*, p. 354.

²² *Ibid.*, p. 378.

²³ *Ibid.*, p. 385.

²⁴ STEIN, E., Carta 4, a Fritz Kaufmann (12.I.1917), OC. I, p. 558.

²⁵ REINACH, A. *Gesammelte Schriften*, Niemeyer, Halle, 1921, p. XXXVII. (Citado en Sancho Fermín, Francisco Javier, *Edith Stein, modelo y maestra de espiritualidad*, Burgos, Monte Carmelo, 1998, pp. 137- 138).

quería dedicar toda su existencia? Con toda probabilidad, se puede afirmar que el contacto vital con sus últimos escritos, imprimió en el alma de Edith este profundo anhelo de aproximar los seres humanos a Dios.

Me parece interesante aportar un texto de Reinach que escribió en el frente, y a su vez, otro texto de Edith, en los que podemos atisbar una sintonía espiritual semejante.

El texto de Reinach dice así:

«En tanto que vivenciamos a Dios nos sentimos dependientes de Él, sentimos gratitud frente a Él, lo amamos, (...), es el núcleo más valioso de nuestra vida, lo único que nos puede sostener en las tempestades de la vida. Zarandeados para allá y para acá hacia esperanzas y desengaños, temor y angustia, y expectativa, amor y odio, agradecimiento y sed de venganza, angostados en los grados del más y del menos de todas las relaciones sociales, aquí está la región de lo intangible y del apoyo eterno»²⁶.

Y el de Edith, tomado de su obra *Introducción a la filosofía*:

«En el sentimiento de seguridad que se apodera a menudo de nosotros, cuando nos hallamos precisamente en una situación "desesperada", cuando nuestro entendimiento no ve ya ninguna salida posible y cuando sabemos ya que en el mundo entero no hay ninguna persona que tenga la voluntad o el poder de aconsejarnos y ayudarnos, entonces en ese sentimiento de seguridad nos percatamos de la existencia de un poder espiritual que ninguna experiencia externa nos enseña. No sabemos qué va a ser de nosotros, ante nosotros parece abrirse un abismo y la vida nos arrastra inexorablemente hacia adelante, porque la vida sigue y no tolera ningún paso atrás. Pero cuando creemos que vamos a precipitarnos en el abismo, entonces nos sentimos “en manos de Dios”, que nos sostiene y no nos deja caer. Y en tal vivencia no solo se nos revela la existencia de Dios, sino también lo que Él es, su esencia»²⁷.

Ana Reinach

La joven esposa del profesor, era una persona delicada, atenta, dotada de una sensibilidad extraordinaria en el trato con las personas; poseía, «el encanto de su bondad y el tacto para superar cualquier situación»²⁸.

Edith la conoce en las clases que daba su marido en la universidad pero, en realidad, el inicio de su amistad se fue fraguando en diferentes ocasiones en que la señora Reinach invitaba al pequeño grupo de alumnos de su marido: «Tales reuniones sociales eran para mí entonces como puntos de luz. Me alegraban mucho y vivía de aquello durante algún tiempo»²⁹.

Poco a poco, Edith se va integrando en el círculo familiar hasta el punto de ser considerada un miembro más: «Ahora fue cuando traté de verdad a la señora Reinach. Anteriormente había ido a aquella casa solamente como estudiante que va a ver a su profesor. Pero ahora pertenecía al círculo íntimo, a los “dolientes más allegados”, como

²⁶ REINACH, A. *Anotaciones sobre filosofía de la religión*, Madrid, Encuentro, 2007, p.45-46.

²⁷ STEIN, E., *Introducción a la filosofía*, OC. II, p. 848.

²⁸ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 463.

²⁹ *Ibid.*, p. 383.

dijo el mismo Reinach bromeando una vez, imaginándose lo que sucedería si él cayese en el frente. A él pertenecían, además de su mujer y Pauline, solo Erika Gothe y yo»³⁰.

Cuando Reinach cayó en el frente (16.XI.1917), Edith fue requerida por su viuda para organizar todo los escritos filosóficos de su marido. Es entonces cuando el encuentro con Ana resultó de crucial importancia para Edith, porque no vio a una mujer desesperada ante la muerte de su marido sino a una mujer fuerte, sostenida por la cruz de Jesucristo, que daba sentido a su propio sufrimiento. Resulta clarificador el testimonio del confesor de Edith, el jesuita, Johannes Hirschmann: «El motivo decisivo de su conversión al cristianismo fue, como ella misma (Edith) me contó, el ver cómo la señora Reinach fue capaz de asumir, por medio de la fuerza del misterio de la cruz, la muerte de su marido, caído en el frente durante la primera guerra mundial... Entonces, después de la muerte de Reinach, residió en su casa examinando su legado». (*Carta de Johannes Hirschmann a Teresia Renata Posselt, 13 de mayo de 1950*. Original en el archivo Edith Stein del Carmelo de Colonia, G I/Hi)³¹.

Fue tal la impresión que le causó a Edith el testimonio de Ana Reinach, que escribe a su compañero Roman Ingarden una carta que transparenta una viva y activa esperanza:

«No sé si de mis comunicaciones anteriores ha deducido ya que tras larga reflexión más y más me he decidido por un cristianismo positivo. Esto me ha librado de la vida, que me había tirado por tierra, y, al mismo tiempo, me ha dado fuerza para retomar otra vez, agradecida, la vida. Por tanto, puedo hablar, en el sentido más profundo, de un “renacimiento”. Pero, para mí la nueva vida está tan íntimamente ligada con los acontecimientos del último año, que ya en cierto sentido nunca me desligaré de ellos; para mí serán siempre presencia muy viva. En ello no puedo, ver ninguna desdicha, todo lo contrario, forman parte de mi patrimonio más valioso»³².

Me parece interesante destacar que estas palabras contrastan claramente con las que escribió Edith al mismo destinatario, R. Ingarden, al poco tiempo de la muerte de Reinach:

«Últimamente, influida por los difíciles días que tengo ante mí y detrás de mí, fui incapaz de tener un momento de alegría. (...) Lo que ahora busco es tranquilidad y el restablecimiento de mi autoconciencia, completamente deshecha»³³.

A partir del encuentro con Ana Reinach, Edith dirige su mirada al cristianismo y desde esa opción, sigue buscando con el fin de decidirse por el protestantismo o el catolicismo. La mayoría de sus amistades pertenecían a la Iglesia protestante, que se consideraba la propia de intelectuales, en cambio, a la Iglesia católica supuestamente pertenecían las personas menos cultivadas. Edith no se deja influenciar por esta mentalidad reinante y se dedica a leer y estudiar no solo los evangelios y autores clásicos como S. Agustín o S. Ignacio, sino también filósofos y teólogos como

³⁰ *Ibid.*, p. 462.

³¹ *Ibid.*, p. 654.

³² STEIN, E., Carta 66, a Roman Ingarden (10.X.1918), OC. I, pp. 654-655.

³³ STEIN, E., Carta 29, a Roman Ingarden (24.XII.1917), OC. I, p. 598.

Kierkegaard, Scheeben, Johann Adam Möhler. Precisamente de este último leyó su obra clásica dedicada a la distinción dogmática entre católicos y protestantes.

Y así lo confiesa a su compañero Ingarden, cuando intenta explicarle su camino de conversión:

«Entre las obras dogmáticas que han influido en mí antes de mi conversión está la *Simbólica* de Möhler. Más tarde conocí *Los Misterios del cristianismo* de Scheeben, que amo y valoro mucho: la primera obra o una de las primeras que después de la inundación del racionalismo se colocó resueltamente sobre el terreno de lo sobrenatural y que ha sido fundamental para toda la dogmática más reciente»³⁴.

Paulina Reinach

Gran amiga de Edith, que, como ella, abrazó el catolicismo y la vida religiosa. Ingresó en la abadía benedictina de Enneton (Bélgica).

Escribe Edith de Paulina en su *Autobiografía*:

«La conocí personalmente en la tradicional reunión de fin de semestre en casa de Husserl. En el trato social era muy apasionada, chistosa y hábil en la polémica. Pero, cuando se hablaba con ella a solas, se descubría un alma serena, callada y verdaderamente contemplativa»³⁵.

Llegaron a intimar a lo largo de su tiempo de estudios, y dejó una profunda huella en la persona de Edith, tal como manifiesta en este texto:

«A pesar de las agobiantes preocupaciones de la guerra, aquel invierno fue el tiempo más feliz de mi estancia como estudiante en Gotinga. La amistad con Paulina (Reinach) y Erika (Gothe) fue más profunda y encantadora que otras amistades estudiantiles anteriores. Por vez primera no estaba yo en primer plano, sino que percibía en ellas algo mejor y más valioso que en mí misma»³⁶.

Juntas visitaron la catedral de Frankfurt, donde Edith quedó impresionada al ver entrar una mujer con el cesto de la compra para hacer una breve oración, algo que no había visto ni en las sinagogas judías ni en las iglesias protestantes.

Asimismo, junto a Paulina, Edith visitó el Instituto de Liebig, donde se encontraba la Atenea de Mirón, pero antes de llegar a admirar esta obra de arte, pasaron por «una sala donde había cuatro figuras del siglo XVI de una sepultura flamenca: la Virgen y Juan, en el medio; Magdalena y Nicodemo, a los lados. El cuerpo de Cristo ya no estaba. Aquellas figuras tenían una expresión tan extraordinaria que no pudimos apartarnos de allí en un buen rato. Y cuando desde allí llegamos a la Atenea, la encontré solo muy agradecida, pero me dejó fría»³⁷.

Resulta impresionante la vivencia de Edith, enamorada de la cultura clásica, a quien le sobrecogió más el grupo escultórico que la figura de la diosa griega.

³⁴ STEIN, E., Carta 167, a Roman Ingarden (8.XI.1927), OC. I, pp. 798-799.

³⁵ STEIN, E., *Autobiografía. Vida de una familia judía*, OC. I, p. 391-392.

³⁶ *Ibid.*, p. 406.

³⁷ *Ibid.*, p. 481.

Primera Guerra Mundial

Es indudable que «el gran acontecimiento» como ella lo denomina, impactó en el corazón abierto y generoso de Edith. Movida por un espíritu de servicio a sus compatriotas y además, impulsada por un deseo de compartir suerte semejante con sus compañeros de estudios, varones, se planteó el único servicio que en aquellos tiempos podían realizar las mujeres, que no era otro que el de enfermera:

«“Ahora yo no tengo una vida propia”, me dije a mí misma. “Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales”»³⁸.

Se puso a disposición de la Cruz Roja y se preparó concienzudamente en un curso que ofrecían a las universitarias en el Hospital de Todos los Santos, incluso amplió su preparación con el material que su hermana Erna, médico de profesión, le facilitó, asistiendo también a la clínica para hacer prácticas.

Como Edith se ofreció sin condiciones ni límites adonde fuera, la destinaron a un hospital de infecciosos de Austria, pese a la oposición de su madre. Era tal el profundo sentido del deber y la generosa entrega que Edith albergaba en su corazón, que no solo se aplicaba a fondo en los quehaceres diarios, sino que además, se alegraba cuando tenía mucho más trabajo del que quizás se podía atender, como revela en este texto:

«El hecho de que se despoblase nuestra sala tuvo para mí una consecuencia, y fue el no tener bastante trabajo; y esto no me satisfacía»³⁹.

Y más adelante, cuando pidió un traslado a una sección de mayor actividad, y la trasladaron al quirófano, escribió:

«No cabía la menor duda de que la gran tarea duplicaba nuestras fuerzas, y me sentía tan bien en esta tensión, que aquel día lo recuerdo como el más bello de todos los de mi estancia en el hospital militar»⁴⁰.

El tiempo transcurrido en el hospital constituyó para Edith un auténtico campo de trabajo que le facilitó la composición de su tesis doctoral, que por entonces estaba redactando. Porque su experiencia con los enfermos, que era lo que ella más valoraba, le llevó a entender ese concepto que desarrolló en su tesis: la empatía, que no es sino la captación de la vivencia ajena, de la experiencia de los otros, la fuente de conocimiento que facilita la comprensión de los demás. A Edith le preocupaba el tema de la persona, quería indagar en ese acceso de “mi yo” a “otro yo”. Y no cabe duda de que su espíritu abierto se desplegó con inmensa audacia en esta “periferia marginal” que, para Edith, constituyó un verdadero aprendizaje en su vida, quizás más impactante y aleccionador que el del ámbito académico.

Augusta Courant

Quiero terminar esta charla con un breve apunte sobre la madre de Edith, Augusta Courant, no solo por ser quien la alumbró, sino porque infundió en su

³⁸ *Ibid.*, p. 397.

³⁹ *Ibid.*, p. 436.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 439.

numerosa prole una serie de valores que, ciertamente, influyeron en la personalidad de Edith, tales como la honestidad, la gratitud, el respeto, la responsabilidad, la compasión, la gratuidad.

Augusta es paradigma de la mujer fuerte y tenaz, de profundas convicciones religiosas, madre de once hijos, de los que sobrevivieron siete, a los que sacó adelante con su esforzado trabajo y excelente disposición para los negocios de la fábrica de maderas que llevaba su marido, muerto precozmente de insolación, cuando iba de viaje.

Junto a los valores que Edith aprendió de su madre, podríamos señalar que ambas cursaron en sus vidas, el itinerario del “aprendizaje del auténtico amor”, en donde el amor de madre e hija fue acrisolado por el sufrimiento, parte esencial de dicho aprendizaje. Tanto Edith como su madre experimentaron esta intensa vivencia, sobre todo a partir de la conversión y entrada en el Carmelo de Edith.

Sabemos que semanalmente escribía Edith a su madre, aunque no se conservan, que sepamos, ninguna de sus misivas. Ambas guardarán en su interior el misterio que les llevó a estar unidas, pese al dolor causado y sobrellevado a la vez. En más de una carta, Edith expresa su impotencia por no poder aliviar el sufrimiento a su querida madre.

Con motivo de la muerte de esta, escribe Edith una carta que rezuma esperanza en esa vida plena, de la que ya goza su progenitora:

«Hasta el final, mi madre se ha mantenido fiel a su fe. Ahora bien, dado que su fe y la firme confianza en su Dios se han mantenido en pie desde la más tierna infancia hasta sus 87 años; y dado que fue la última cosa que siguió viva en ella en su dura lucha con la muerte, por eso tengo la confianza de que habrá encontrado un juez benévolo y de que ahora es mi más fiel intercesora, para que también yo alcance la meta»⁴¹.

Concluyo esta reflexión, que ha deseado ofrecer unos pequeños destellos de nuestra hermana Edith. Ella, fiel a su conciencia, vivió y murió en incansable búsqueda de la verdad que diera plenitud a su vida y a la de toda persona.

A lo largo de este dilatado itinerario hacia su encuentro con Jesucristo, Edith permanecerá siempre en actitud de apertura, no solo intelectual, aunque en un primer momento, priorizará este aspecto. En consecuencia, tal como he pretendido presentar, su entrada en la Iglesia católica viene precedida por la experiencia de una serie de testigos, en los que Edith hallará la fuerza y la luz necesarias para elegir y afrontar su camino.

Gracias a este entramado de vivencias, podemos afirmar que la conversión de Edith no fue un fogonazo espiritual, fruto de la lectura en una noche del *Libro de la Vida* de santa Teresa de Jesús, sino una decisión largamente reflexionada, que fue configurándose paso a paso, al ritmo de su propia existencia.

⁴¹ STEIN, E., Carta 488, a Calista Kopf (4.X.1936), OC. I, p. 1185.